

Gabriel Jené
BARCELONA OBERTA

Salvador Vendrell
BARCELONA COMERÇ

Raimon
MÚSICO

Xavi Pont
FUNDADOR DE SHIP2B



► Los presidentes de las dos grandes asociaciones de comerciantes de Barcelona reclaman ayudas para garantizar la supervivencia del sector. **P. 28-29**



► El músico valenciano cumple 80 años desde la discreción de su retirada de los escenarios, en pleno reencuentro con su tierra, cediendo su legado al Centre Raimon d'Activitats Culturals de Xàtiva. **P. 42**



► En el primer número del nuevo suplemento de economía, 'activos', el consejero de Borges argumenta su apuesta por invertir en proyectos que hagan compatible rentabilidad e impacto social. **P. 6 Y 7 DE 'ACTIVOS'**

Carta de exmilitares

Psicofonía golpista



Luis Mauri

La historia más macabra de España regurgita y llega al presente como una psicofonía. ¿Recuerdan, o conocen, el rollo de las psicofonías? Este fenómeno esotérico tuvo su momento de gloria en los años 70 del siglo pasado. Adolescencia analógica y dictadura militar, qué combinación. En aquella intersección penosa, una noche en un lugar apartado, sin adultos, quizás con una botella de licor o al menos con un tinto espeso hasta la masticación, el magnetofón de casete Philips registraba igual la voz de Rimbaud que la de Curie, o las de Bakunin, Rockefeller, Rosa Luxemburg o Raphael, según la inclinación de cada cual. Bueno, era una de esas escasas, y surrealistas, palancas de evasión del momento. También había fútbol, claro, pero no PlayStation.

Ahora llega una fuerte onda psicofónica de aquella época. Esta vez no es surrealista, sino muy real. Peripatética quizás, pero real. Tristemente real. Inquietantemente real. El eco del búnker. Una panda de exmilitares de alta graduación se arroban fantaseando con fusilamientos en masa y golpes restauradores de un orden alucinado y sangriento.

Mucha gente ha despreciado el eco psicofónico de la caverna franquista. Otros lo han despachado con ironías punzantes, pero en el fondo ofensivas para millones de jubilados y ancianos biennacidos. La parte sustancial de este asunto no son los desvaríos foreros de un grupo de exuniformados trasnochados. La parte capital es que varios de ellos, y otros más, han escrito al rey Felipe,

No hay justificación para el silencio del Rey sobre la carta de los facinerosos

jefe del Estado y mando supremo de las Fuerzas Armadas, con la intención descabellada de forzar la soberanía popular, es decir, la democracia. Una intención cimentada en la melopea insomne de la extrema derecha, secundada de mejor o peor grado por la derecha hegemónica, según la cual el Gobierno de Sánchez e Iglesias es tan ilegítimo como el de una dictadura bananera. Este es el punto.

La Casa el Rey recibe cada año centenares de solicitudes y comunicaciones de todo tipo. Responde las que considera oportuno, que suelen ser la mayoría. Quizás consideró contraproducente responder a la misiva de los exmilitares golpistas. Por aquello de no dar carta de naturaleza ni engrandecer la excrecencia de un grupo marginal. Quizá. Pero cuando la misiva facinerosa llega a conocimiento de la opinión pública, es difícil hallar una razón, una sola, que justifique el silencio del Rey.

La monarquía tiene escaso fundamento objetivo en las democracias del siglo XXI. Pero puede pervivir si concita consenso (tradicción, representatividad) y demuestra honestidad ejemplar. Juan Carlos I asoció la Corona a la democracia tras ser designado por la dictadura, hasta el punto de ganarse la tolerancia de muchos republicanos. Luego, su codicia y su arrogancia liquidaron su capital político. Felipe VI patinó en 2017 al renunciar a representar a todos los españoles, incluidos los independentistas, sí. Hoy tiene la oportunidad de emular los mejores momentos del reinado de su antecesor. Pero esto es incompatible con el silencio. ■

Nuevas librerías

Larga vida a Byron



Care Santos

Ya van dos veces que celebro la desescalada pisando una librería nueva en Barcelona. En abril fue Ona Llibres. Hace pocos días fue Byron, en la calle Casanova. El poeta romántico inglés avala a quienes presumen de ir contracorriente, vivir al margen de los gustos de su tiempo y hasta de las opiniones de sus contemporáneos. Hace falta tener un poco de todo ello para abrir un negocio dedicado a la literatura precisamente ahora.

Un Byron despelucado, joven, guapo y con un aire de depravación encantador me recibe en la puerta, y hace que me sienta como en casa. Voy sola, sin prisa, tengo tiempo para husmear. Percibo en seguida que estos librereros también van contracorriente. Hay en las mesas expositoras títulos que salieron hace un lustro o más. Faltan algunas novedades muy comerciales que nadie echa en falta. En la caja me dice uno de los librereros, tan joven como el Byron del cartel, que está encantado de hablar con los clientes y que le formulen preguntas. Desborda simpatía. Una librería con librereros simpáticos y dispuestos a hablar merece tener éxito. Y larga vida.

Los librereros dispuestos a hablar con sus clientes merecen tener éxito

Mi ritual para la ocasión: como siempre que entro en una librería nueva, busco libros que hablen de libros. Una, como lectora, tiene sus filias, como en todo. En Byron tropiezo con las dos novelas que Christopher Morley dedicó al oficio de librerero: *La librería ambulante* y *La librería encantada*. Por supuesto, no son novedades. Las compro sin pensarlo. En casa, las leo de un tirón, una tras otra. Me maravillo

de cómo un libro puede transmitir alegría, ese sentimiento tan difícil de inspirar, tan necesario en estos tiempos. La primera narra la historia de Helen, un ama de casa cuarentona que, cansada de su rutina, se lanza a vender libros en un carromato ambulante. Es una historia de amor a la lectura y a la vida, y también de superación, de gente que se reinventa. Justo lo que necesitaba. «Cuando le vendes un libro a una persona no solo le vendes doce libras de papel, tinta y cola, sino que le vendes una vida nueva», dice uno de sus protagonistas.

Empujado por el éxito de la primera historia, Morley escribió la segunda, en que Helen, ya casada con el librerero Mifflin, se asienta a vender libros y a cocinar en un pequeño local de Brooklyn, mientras ocurren cosas que a ratos convierten la novela en una trama de fantasmas y a ratos la acercan a un relato detectivesco. Se trata de un juego, un guiño, una declaración del amor del autor hacia el mundo libresco y sus protagonistas. Una reivindicación del oficio de librerero, que ninguno de ellos debería perderse.

Leo una cita de Christopher Morley que viene al pelo a los librereros (y los seres humanos) intrépidos: «Lee cada día algo que nadie esté leyendo; piensa cada día algo que nadie esté pensando; haz cada día algo que nadie sería lo bastante tonto de hacer. Es malo para la mente formar siempre parte de la unanimidad».

Qué pertinente en los tiempos que corren. Estoy segura de que George Gordon Byron, el poeta romántico inglés y despelucado, estaría de acuerdo. ■